

# *La morisca de Alajuar*

*Comedia en tres jornadas*

Rivas, Ángel de Saavedra

## PERSONAS

DON FERNANDO  
CORBACHO.  
MARÍA, *morisca*.  
MALEC, *morisco*.  
MULIM-ALBENZAR, *morisco*.  
ZEIR, *morisco*.  
EL CONDE DE SALAZAR.  
UN SECRETARIO.  
FELISA, *cristiana*.  
UN ALCAIDE.  
ABDALLA, *alfaquí morisco*.  
DONCELLAS ALDEANAS, *moriscas*.  
EL MARQUÉS DE CARACENA.  
PASTORES, *moriscos*.  
EL COMENDADOR MAYOR.  
MORISCOS CONJURADOS.  
EL CAPITÁN GARCÍA.  
SOLDADOS ESPAÑOLES.  
UN SARGENTO.

## **Jornada primera**



La acción pasa en el reino de Valencia a fines del año de 1509 y principios del de 1610

## **Escena primera**

Representa una amena cañada en las cercanías de la villa de Alajuar, rodeada de

**ásperos montes. Después de cantar dentro los cuatro primeros versos, salen diez o doce jóvenes ALDEANAS moriscas, y detrás de ellas, MARÍA y FELISA; todas con cantarillos, como que van por agua a la fuente**

TODAS. **(En coro, dentro:)**  
No tenga fe ni esperanza  
quien no estuviere en presencia.

TODAS. **(En coro, dentro:)**  
Pues son olvido y mudanza  
las condiciones de ausencia.

ALDEANA 2ª **(Entran todas.)**  
**(Canta:)**  
Quien quisiere ser amado,  
trabaje por ser presente,  
que cuan presto fuere ausente,  
tan presto será olvidado.

ALDEANA 1ª **(Canta:)**  
No tenga fe ni esperanza  
quien no estuviere en presencia.

TODAS. **(En coro cantan:)**  
Pues son olvido y mudanza  
las condiciones de ausencia.

MARÍA. **(Vanse.)**  
**(Deteniendo a FELISA.)**  
Déjalas llegar, amiga,  
al dulce raudal, y aquí  
queda un rato junto a mí,  
a consolar mi fatiga.  
Que esa insensata canción,  
con que dan vida a este ejido,  
todo un infierno ha metido  
en mi roto corazón.  
Y miente la letra, miente,  
pues amor que no es vulgar  
nunca más firme ha de estar  
que cuando está en un ausente.

FELISA. Singular es tu constancia,  
¡oh hermosísima María!,  
y ese amor, que desafía  
al tiempo y a la distancia.  
En hora menguada vino  
don Fernando a este lugar,  
tu tierno pecho a enredar  
en tan ciego desatino.

MARÍA. No digas eso, que yo  
bendigo el feliz momento

en que para alojamiento  
mi casa y mi pecho halló.  
En aquella temporada  
que le tuve junto a mí  
tan venturosa me vi,  
y tan amante y amada,  
que con su recuerdo sólo  
soy la más feliz mujer  
que en el orbe puede haber  
desde un polo al otro polo.  
Y un porvenir tan risueño  
de encanto y felicidad  
se presentó a mi ansiedad,  
que voy tras él con empeño.

FELISA.

¡Ay, que los recuerdos son  
dejos de un bien acabado,  
y un porvenir no ha pasado  
jamás de incierta ilusión!  
No es, no, tan desatinada  
la letra de ese cantar,  
que sólo te da pesar  
porque estás alucinada.  
Si tuvieras mi experiencia  
(ya la tendrás algún día),  
conocieras, hija mía,  
de tu pasión la demencia.  
No es decir que quepa engaño  
en el pecho de tu amante;  
será muy firme y constante,  
pero ¡está sin verte un año!

MARÍA.

Cuando, ¡ay de mí!, se marchó  
de esa Flandes a la guerra,  
antes de un año a esta tierra  
volver amante juró.

FELISA.

Ya el año cumplido es.

MARÍA.

Y yo con gran fe lo aguardo,  
que no es, Felisa, retardo  
sólo el retardo de un mes.

FELISA.

De los que se van, dejando  
en España empeños locos,  
a esa Flandes, vuelven pocos.

MARÍA.

Uno será don Fernando.  
Si conocieras, amiga,  
los extremos de su amor,  
de su palabra el valor  
y de su alma, que bendiga  
Dios, los dotes celestiales,

como yo los conocí,  
no me afligieras así  
con desconfianzas tales.  
Vendrá, ama mía; vendrá.

FELISA. Pero, aunque vuelva, ¿qué esperas...?  
Quién eres no consideras,  
ni sabes quién él será.

Tú, morisca...

MARÍA. **(Con viveza.)**

Yo, cristiana.

FELISA. **(Con ternura.)**

¡Hija idolatrada!... Sí,  
que de madre te serví  
desde tu niñez temprana,  
y con mi leche mamaste  
la fe más pura y leal,  
siendo mi gozo cabal,  
porque en ella te afirmaste.  
Y tu sangre misma..., ¡ay triste!,  
sin madre desde la cuna...

Dios te ha dado la fortuna  
de que en mis brazos creciste.

Pero al asunto tornando  
de tu amor, pues con razón  
se me parte el corazón  
otros tiempos recordando,  
te diré que, aunque cristiana,  
eres morisca, María,  
en quien nunca halla hidalguía  
la soberbia castellana.

Y de tu amante, aunque sea  
falso el nombre que nos dijo,  
la ilustre alcurnia colijo  
de la insignia que campea  
roja en su pecho español,  
¡y te querrá para esposa,  
aunque te adore cual diosa,  
y le parezcas un sol!

MARÍA. **(Con dignidad.)**

Hubo moros caballeros,  
y moros reyes también.  
¡Y quién quitar puede, quién,  
su sangre a sus herederos!  
La familia de Albenzar,  
por más que el hado la humilla,  
ni a los reyes de Castilla  
nobleza debe envidiar.

Que en los muros de Jaén  
ha dejado fama eterna,  
y hoy un Albenzar gobierna  
las torres de Tremecén.  
Y si la cristiana cruz  
aun lo más vil avalora,  
no ha de oscurecer ahora  
de mi nobleza la luz.

FELISA.

**(Aparte.)**

En cuanto hace, piensa y dice  
descubre su sangre hidalga.  
¡Oh recuerdos!... ¡Dios me valga!;  
no sé si bien o mal hice.

**(Alto.)**

¡Ah!, si insensatos no fueran  
de tu morisca nación  
los nobles, con más razón  
de su estirpe alarde hicieran.  
Tal vez cual cristiana vieja  
y cual de sangre española  
pienso yo.

MARÍA.

No eres la sola,  
pues a mí también me aqueja  
ver a la raza africana,  
ya española, y que debía  
con noble y leal bizarría  
ser española y cristiana,  
cerrar con obstinación  
los ojos a la verdad,  
y buscarse, ¡oh ceguedad!,  
continua persecución.

FELISA.

¿Tu talento ha traslucido  
los altos intentos...?

MARÍA.

Sí;  
los intentos locos di,  
y que el corazón partido  
me tienen, pues los cristianos  
los conocen y los ven,  
y alistan fuerzas también  
para que resulten vanos.  
Verás, pues, que los rigores  
que dos veces se temieron  
y que evitarse pudieron,  
van a renacer mayores.  
Y verás de los moriscos  
en la osada resistencia

sólo una ciega demencia  
 que ensangrentará estos riscos.  
 FELISA. Pues tu padre es...  
 MARÍA. Harto lloro  
 la obstinación en que vive  
 y ese obsequio que recibe  
 de todo este pueblo moro.  
 FELISA. **(Con burla.)**  
 ¿Esperanzas no te dan  
 esas cosas que han contado  
 de Alfatín, el encantado  
 en las sierras de Espadán,  
 de quien dice el alfaquí  
 que sobre un verde corcel  
 el imperio de Ismael  
 ha de restaurar aquí?  
 MARÍA. **(Con desprecio.)**  
 Yo soy, Felisa, cristiana,  
 cristiana de corazón,  
 y oigo con indignación  
 esa creencia musulmana.  
 Sólo desdichas espero  
 de ese ardor mal entendido,  
 que en nuestra gente ha encendido  
 tanto ambicioso embustero.  
 Mas no hablemos de esto, no;  
 hablemos de don Fernando,  
 a quien estoy esperando  
 con el alma toda yo.  
**(Voces dentro.)**  
 UNA. ¡Detente!...  
 OTRA. A la ladera...  
 OTRA. Atajad por aquí.  
 DON **(Dentro.)**  
 FERNANDO. ¡Cielos!  
 CORBACHO. **(Dentro y muy lejos.)**  
 Espera.  
 MARÍA. **(Sobresaltada.)**  
 ¿Qué acento da ese monte,  
 que poblando de horror el horizonte  
 causa en mi corazón mortal desmayo?  
 FELISA. **(Asombrada y mirando adentro.)**  
 Como encendido rayo  
 o perdido cometa,  
 desbocado bridón que no sujeta  
 el freno roto ya, veloz se mete  
 con peligro espantoso del jinete

en lo más intrincado de esas breñas.  
 MARÍA. **(Mirando adentro.)**  
 Sí, ya le veo entre las altas peñas,  
 que exhalación parece;  
 y su dorada piel, que resplandece  
 del sol a las vislumbres,  
 enciende con relámpagos las cumbres.  
 Dijérase que uniendo va con saltos  
 las bajas nubes y los montes altos.

FELISA. ¡Cuán firme el caballero  
 sobre la espalda va del monstruo fiero,  
 ¡oh desdichada suerte!,  
 despeñado a los brazos de la muerte.  
**(Asustada y en ademán de huir.)**  
 Hacia aquí viene... Huyamos,  
 que a ser despojo de su furia vamos.

MARÍA. **(Horrorizada y apartando la vista.)**  
 Precipitóse..., ¡cielos!... ¿No lo viste?  
 ¡Espectáculo triste!  
 Tropezó con un risco,  
 que es ya de su sepulcro el obelisco.

FELISA. **(Mirando adentro con ansiedad.)**  
 Ya acuden los pastores...  
 Quieran del Cielo airado los rigores...

MARÍA. **(Desalentada.)**  
 Vamos.... démonos prisa.  
 Vamos allá, Felisa...  
**(Titubeando.)**  
 Mas, ¡ay!..., andar no puedo...;  
 rémora de mis plantas es el miedo.  
 ¡Ay de mí, desdichada!  
**(Cae desmayada en brazos de FELISA.)**

FELISA. **(Sosteniéndola.)**  
 ¡Cielos, cielos!... ¡María desmayada!  
 Ya en gualdas se han tornado  
 las rosas de su rostro delicado.  
 Y la boca entreabierta,  
 y los labios de hielo  
 parecen, ¡ay!, la puerta  
 por do quiere volar el alma al cielo.  
 ¡María! ¡Ay de mí, triste! Ya me falta  
 vigor para en mis brazos sostenerla;  
 sobre este césped, que el abril esmalta,  
 mientras busco socorro, he de ponerla.  
 Y corriendo a la fuente  
 agua traeré con que regar su frente.

**(La coloca a un lado sobre un ribazo.)**

¡Ay cielos!... ¡Hija mía!  
Caduco miro en su semblante el día.

**(Vase. Entra DON FERNANDO, descompuesto sin capa ni sombrero, con la ropilla abierta, lleno de lodo y con algunos piquetes en el rostro. Le rodean cuatro o seis PASTORES MORISCOS.)**

DON  
FERNANDO. Yo os adoro rendido,  
¡oh Dios Omnipotente y bondadoso!,  
que en peligro tan grave y espantoso  
amparado me habéis y defendido.  
Y a vos, ¡oh buena gente!,  
gracias os doy postrado,  
pues tan caritativa y diligente  
para darme socorro habéis volado.  
Retiraos; no fue nada  
el golpe; la maleza enmarañada  
lo quebrantó de modo  
que lo que sangre fuera, sólo es lodo.  
Esa vecina fuente  
me dará refrigerio competente  
para el susto en sus plácidos cristales.  
Tornad a esos fragosos peñascales,  
en pos del bruto alado,  
que tal vez del ladrido importunado  
de vuestros fieles perros,  
desatado huracán, cruzó los cerros,  
hundiéndose a sí mismo  
y a mí con él en tan profundo abismo.  
Si le halláis vivo, os ruego  
que de mano al lugar lo llevéis luego.  
Y os conjuro busquéis a un fiel criado,  
que al mirarme empeñado  
en tan tremendo lance,  
por socorrerme se arrojó al alcance.  
Y aun le escucho perdido en esas breñas  
darme de su lealtad con llanto señas.

**(Vanse los pastores.)**

Allí la clara fuente me convida  
con su líquido hielo.

**(Repara en MARÍA.)**

Mas ¿qué es esto que miro? ¡Santo cielo!  
Desmayada o dormida,  
una mujer sobre la hierba yace,  
y mi pecho al mirarla se deshace.

**(Se acerca y la reconoce.)**

¡Infelice de mí! ¿Deliro...? ¿Sueño...?  
Mi dulce encanto, mi adorado dueño.  
¡Oh celestial María!  
¿Así te encuentra, ¡oh Dios!, el ansia mía?...  
¡Oh!, despierta, mi bien, mi amor, despierta.

**(La mueve y examina.)**

¡Cielos!..., helada..., yerta.  
¡Ay!...: ¿Para hallarla así salvé la vida?  
Siempre una desventura  
es de otra más atroz prenda segura.  
¡María..., mi María...! ¡Oh Dios!...

**(La observa.)**

Acaso  
a la respiración aun lento paso  
da el labio desteñido,  
y del todo el calor aun no perdido.  
Para poderle dar presto socorro  
hacia la fuente arrebatado corro.

**(Va a marchar y se detiene.)**

Mas aquí una aldeana a toda prisa  
desde la fuente viene.  
Y con agua vendrá, puesto que tiene  
un cántaro en la mano... ¡Ay, que es Felisa!

**(Entra FELISA con un cantarillo, y se detiene al ver a DON FERNANDO.)**

FELISA.           ¿Un caballero allí?... ¿Qué importa? Vuelo,  
que en desmayo mortal yace en el suelo.  
**(Se acerca y reconoce a DON FERNANDO.)**  
¡Oh señor don Fernando!

DON  
FERNANDO.       ¡Ay Felisa!... ¿Qué es esto?

FELISA.           Desventuras, señor.

DON  
FERNANDO.       Con agua presto  
regad el rostro de azucena.

FELISA.           Cuando  
de breños el confuso laberinto  
cruzar vio a un despeñado, que sin duda  
erais, a lo que infiero,  
por amoroso instinto  
os conoció tal vez, y yerta y muda  
cayó cual veis.

**(Salpica con agua el rostro de MARÍA.)**

DON  
FERNANDO.       ¡Oh celestial María!

**(Se sienta junto a ella, la incorpora, sosteniéndole la cabeza.)**

FELISA. Ya torna en sí.  
DON Torna a lucir el día.  
FERNANDO. ¡María!  
MARÍA **(Volviendo en sí.)**  
¿Dónde estoy...?

DON  
FERNANDO. Sobre mi pecho.  
MARÍA. **(Desalentada.)**  
¿Y el infelice que pedazos hecho...?

DON **(Arrojándose a sus pies.)**  
FERNANDO. A tus plantas tu vida idolatrando.  
MARÍA. **(Abrazándolo, transportada de gozo.)**  
Delirio?... ¡Oh confusión!... ¡Cielo!... ¡Fernando!  
**(Permanecen abrazados un instante, y se sientan juntos, con muestras de gran ternura y contento.)**  
¿Es engañoso?... ¿Es ilusión?  
¿Estoy soñando o despierta?...  
Mi oprimido corazón  
duda, y duda con razón,  
que sea tanta dicha cierta.

DON Sí, hermosísima María;  
FERNANDO. tu tierno y rendido amante  
torna amoroso y constante,  
a tus plantas este día,  
de un gran peligro triunfante.  
Que para poder lograr  
tan alta y dichosa suerte,  
cual es la de merecerte,  
es fuerza antes arrostrar  
los peligros de la muerte.

MARÍA. ¿Conque fuisteis vos, Fernando,  
fuisteis vos aquel que vi...?

DON Divino dueño, yo fuí  
FERNANDO. el que esos cerros salvando...  
MARÍA. ¡Cuán presto, ay Dios, lo temí!  
¿Y no os habéis hecho nada  
con un golpe tan tremendo...?  
¡Ay de mí, que os estoy viendo,  
y aún indecisa y turbada  
que deliro estoy creyendo!

DON De un ángel en la presencia  
FERNANDO. nunca puede ocurrir mal,  
y tú el ángel celestial  
fuiste, que la Providencia  
me dio en el trance mortal.

MARÍA.           **(Sobresaltada.)**  
Pero aun estáis demudado...  
con sangre en el rostro..., sí.

DON  
FERNANDO.       Acaso cuando caí  
entre el ramaje acopado  
sin yo sentirlo me herí.  
Mas no es nada.

MARÍA.           **(Afligida.)**  
La caída  
resultas puede tener.

DON  
FERNANDO.       **(Con gran ternura.)**  
Pues ya os he llegado a ver,  
segura tengo la vida,  
y nada debo temer.

MARÍA.           **(Se levanta inquieta y solícita, y toma el cantarillo de FELISA.)**  
¡Ah! Bebed, bebed, os ruego...  
Que os limpie el rostro dejad.  
**(Se lo limpia con el delantal.)**  
¡Ay!... no cesa mi ansiedad,  
no puedo lograr sosiego  
al veros así... Tomad.  
**(Le da de beber, y en tanto continúa, dirigiéndose a FELISA:)**  
Ya ves, ya ves, ama mía,  
si esperaba con razón,  
si mi amante corazón  
con motivo desmentía  
la impertinente canción.

DON  
FERNANDO.       **(Al acabar de beber.)**  
Agua dada por tu mano,  
¡oh María angelical!,  
medicina es celestial,  
es bálsamo sobrehumano  
capaz de hacerme inmortal.

**(Sale CORBACHO muy fatigado, y trae en la mano el sombrero y la capa con cruz de Santiago de DON FERNANDO.)**

CORBACHO.       Pues, señor, yo lo celebro.  
Cuando encontrarte creí  
al pie de un áspero risco,  
hecho pedazos dos mil,  
tornando los arroyuelos  
en espumoso carmín,  
y las hierbas de esmeralda  
en corales o en rubís,  
te encuentro, Dios te bendiga,

cual nunca sano y gentil,  
sentado en pintadas flores  
y en brazos de un serafín.  
Si de todas tus caídas  
te levantas tan feliz,  
¡vive Dios!, que a cada instante  
a despeñarte has de ir.

MARÍA.

¡Corbacho!

CORBACHO.

¡Señora mía!...

¡Felisa!

FELISA.

¿Tú por aquí?

CORBACHO.

La sogá tras el caldero,  
tras de su dueño el mastín.  
Pero, señor, ¿estás vivo...?  
¿Estás vivo, sin mentir?  
Pues según ha sido el golpe,  
me asombro de verte. Y si  
estás ya muerto, y tan sólo  
eres ánima sutil,  
me has dado el chasco más grande.

DON

FERNANDO.

No entiendo... ¿Qué chasco...? Di.

CORBACHO.

Pues, qué, ¿te parece flojo?  
¿Pudiera yo discurrir  
jamás, sabiendo quién eres,  
y cómo vives, en fin,  
que sin confesión muriendo  
te encontraras en un tris,  
no digo en el purgatorio,  
dueño de la gloria así?

DON

FERNANDO.

Y qué bien, amigo, dices,  
porque mi gloria está aquí.  
La presencia de María,  
luz de mi estrella feliz,  
me amparó con su influencia,  
y me salvó de morir.

CORBACHO.

Si conforme diste en blando  
sobre el mullido cojín  
de lantiscos y retamas,  
contra el peñasco, que allí  
está a dos dedos, te dieras  
el coscorrón, juro a mí  
que del mundo las Marías  
todas, aunque sean cien mil,  
ni las Blasas, ni las Petras,  
ni las Victorianas, ni  
las Alfonsas te librarán

(aunque estrellas del cenit  
y flores del Paraíso  
fueran en brillo y matiz)  
de ser hoy huevo estrellado  
o tortilla en perejil.  
Mas ponte, señor, la capa;  
toma el sombrero, que así  
pareces una figura  
de un desgarrado tapiz.

**(DON FERNANDO se levanta, y, ayudado por CORBACHO, se pone  
la capa, ajusta la ropilla, se limpia el lodo y se pone el sombrero,  
siguiendo entre tanto el diálogo.)**

DON  
FERNANDO. Pero esto, al cabo, ¿qué ha sido?,  
pues no lo sé, aunque lo vi.  
Al embestirme los perros  
que salieron del redil,  
un bote dio mi caballo,  
por sujetarlo rompí  
el freno, y partió furioso.

CORBACHO. ¡Endemoniado rocín!  
¡Después de catorce leguas,  
que no son grano de anís,  
y de, sin descanso alguno,  
desde Flandes hasta aquí  
jornada tras de jornada,  
y no muy cortas, venir!

DON  
FERNANDO. No he visto otro más ligero;  
era un corzo, era un neblí.

CORBACHO. Un desatado demonio  
debieras, señor, decir.

DON  
FERNANDO. ¿Y lo encontraron?

CORBACHO. Tendido  
y harto maltrecho. Hacia allí  
se lo llevan los pastores,  
desencajado un cuadril.  
Mas en Alajuar entremos,  
señor, y mira por ti.  
Date luego una sangría,  
pues suelen después salir  
resultas de estos porrazos.

MARÍA. **(Levantándose con viveza.)**

¡Ay mi don Fernando!... Sí,  
 vamos al punto a mi casa,  
 donde os saldrá a recibir  
 mi buen padre con los brazos,  
 dándose por muy feliz  
 de que a honrar vuelva su choza  
 caballero tan gentil.

DON  
 FERNANDO. Vamos, pues, a donde quieras,  
 ¡oh divino querubín!  
 Tan encantado me encuentro  
 en estando junto a ti,  
 que cualquier parte del mundo  
 es el Cielo para mí.

(Vanse.)

CORBACHO. Vamos, Felisa, que el susto,  
 y el vocear, y el gemir  
 me han abierto el apetito,

FELISA. (Recogiendo su cantarillo y el de MARÍA.)  
 Corbacho, a almorzar venid.  
 (Vanse.)

## Escena II

**Sala de Ayuntamiento de la villa de Alajuar, y salen MULIM-  
 ALBENZAR, MALEC, ZEIR y diez o doce MORISCOS de distinción, vestidos todos  
 con bragas a la morisca y borcegués, ropilla y capa a la española, sin golilla ni  
 gorguera y sombreros blancos de falda, y en ellos cosidas grandes medias lunas de  
 paño azul, que era entonces el distintivo de su raza. Todos manifiestan gran respeto  
 a ALBENZAR**

MULIM-  
 ALBENZAR Pues que don Diego Quijano  
 se ausentó con Pedro Rueda.  
 y por fortuna no queda  
 aquí ya ningún cristiano,  
 siendo los dos solamente  
 los que en nuestro Ayuntamiento  
 este año tienen asiento,  
 vamos a lo más urgente.  
 Lisonjeras y propicias  
 de todo aqueste contorno,  
 para el pensado trastorno  
 son las últimas noticias.  
 Y ha nuestro alfaquí llegado

de Valencia hace un instante,  
con una nueva importante,  
según me ha participado.

MALEC. En mi casa está escondido,  
aguardando la ocasión.  
Y por la gran confusión  
que en su semblante he advertido  
algún grave mal sospecho;  
aunque no me ha dicho nada,  
pues sabéis que es extremada  
la reserva de su pecho.

MULIM-  
ALBENZAR. Que lo más seguro es,  
pienso, el recibirlo aquí.  
ZEIR. Venga al punto, venga, sí.  
MALEC. **(Receleso.)**  
¿No fuera mejor después  
verle en mi casa, no sea  
que al atravesar la calle  
algún cristiano lo halle?

MULIM-  
ALBENZAR. Nada importa que lo vea  
el mismo alcalde mayor,  
pues en este Ayuntamiento  
el alfaquí tiene asiento,  
que es nuestro procurador.  
Y siendo hoy fiesta cristiana,  
los cristianos de Alajuar  
reunidos han de pasar  
en su iglesia la mañana.

**(A MALEC.)**  
Llégate al punto por él  
y torna al momento.

MALEC. **(Abatido.)**  
Voy  
mas de temor lleno estoy.  
¡Pobre pueblo de Ismael!

**(Vase.)**

MULIM-  
ALBENZAR. Me pasma su desaliento,  
cuando jamás la fortuna  
presentó a la media luna  
tan favorable momento.  
El celo del islamismo  
inflama los corazones  
de nuestros claros varones,  
que ansían con santo heroísmo  
tantas afrentas vengar,  
y en justa y reñida guerra

el dominio de esta tierra,  
cual valientes, restaurar.  
Alá bendice este celo  
y nuestra santa intención,  
de lo cual indicios son  
esos cometas del cielo,  
y esas voces de metal,  
que en Velilla han resonado,  
y que a España toda han dado  
un desaliento mortal.  
Llegado es, sin duda, el día  
en que de Espadán la sierra  
truene, y anuncie la guerra,  
cumpliendo la profecía  
del glorioso desencanto  
de Alfatín, que en su bridón  
de esmeraldas el pendón  
alzará del orbe espanto.  
En nuestro favor hoy sopla  
el viento de la fortuna;  
contamos, sin duda alguna,  
con Francia y Constantinopla.  
Mi primo, que a Tremecén  
rige, sus naves apresta;  
la ocasión segura es ésta.  
¿Quién podrán dudarle, quién?  
Del alfaquí las noticias...,  
¿por qué malas han de ser...?  
Yo espero, y lo vais a ver,  
que han de sernos muy propicias.  
ZEIR.  
Con Malec hacia aquí viene.

**(Entra MALEC y ABDALLA, alfaquí, con barba blanca de anciano. Sobre el traje morisco-español traerá un albornoz blanco; mostrará el semblante grave y sombrío.)**

MULIM-  
ALBENZAR.  
TODOS.  
ZEIR.  
MALEC.  
ABDALLA.

**(Con afecto.)**  
¡Oh Abdalla!... Seas bien llegado...  
**(Rodeándole.)**  
¡Oh Abdalla!...  
¡Cuán deseado!  
**(Aparte.)**  
¡Qué aspecto tan triste tiene!  
**(Con tono solemne.)**  
Dios es grande, Dios es grande.  
Y aquello que escrito está

MULIM-  
ALBENZAR.  
ZEIR.

sin falta se cumplirá.  
Cúmplase, pues, lo que él mande.

MALEC.  
ABDALLA.

Abdalla, de tu expresión  
y de tu rostro colijo,  
y me confundo y me aflijo,  
que tus nuevas malas son.  
Hablad; las nuevas decid...  
Dios es grande. Reverente  
postrarse debe el creyente...

MULIM-  
ALBENZAR.  
ABDALLA.

**(Impaciente.)**  
Pero ¿qué nuevas...?  
Oíd.  
Noble Mulim-Albenzar  
y generosos varones,  
víctimas de los pecados  
de nuestros claros mayores,  
pero que al Profeta fieles  
y a la gloria de su nombre  
ansiáis restaurar su imperio,  
que debe regir al orbe:  
sin que desaliento siembren  
en vuestros pechos mis voces,  
atentamente escuchadlas,  
y resolved lo que importe.  
Pues tal vez, cuando más recia  
la borrasca el aire rompe,  
más cerca está la bonanza  
que en bien las desdichas torne.  
A veces quiere fortuna,  
redoblando los rigores,  
de sus predilectos hijos  
el temple y constancia noble  
probar, y obstáculos nuevos  
a empresas altas opone  
adrede, porque la gloria  
de quien los vence sea doble.  
Pasé a Valencia la insigne,  
cual sabéis, con intenciones  
de recibir las respuestas  
que de la francesa corte  
y de la imperial Bizancio  
esperábamos. Y acordés  
el rey Enrico de Francia  
y el Gran Señor sus favores  
y su poderoso auxilio  
nos ofrecen.

MALEC.

Pues entonces...  
con un socorro tan grande...

ZEIR.

¿Qué habrá, di, que nos asombre?

ABDALLA.

Ved que sólo con ofertas  
ambos príncipes responden;  
con ofertas de ayudarnos  
cuando el triunfo nos corone.  
Pero nada nos envían;  
ni armas ni naves disponen  
para empezar nuestra empresa  
y romper nuestras prisiones,  
que es cuanto necesitamos  
de amigos y auxiliadores.

**(Ligera pausa, en que unos muestran abatimiento y otros indignación.)**

Esto ya me lo temía,  
porque conozco a los hombres,  
y sé que los abatidos,  
los que en duros eslabones  
yacen, míseros esclavos,  
para dar el primer golpe  
no han de contar con más fuerzas  
ni con otros valedores  
que con las que da el despecho,  
que con los que el Cielo pone  
en idénticos apuros,  
en iguales aflicciones.  
Pero no penséis, amigos,  
que el corazón me destroce  
este primer desengaño;  
ni es él, creedlo, quien pone  
nuestra causa en duro aprieto,  
pidiéndonos hoy a voces  
o resolución gallarda,  
o resignación conforme.

MULIM-

**(Receloso.)**

ALBENZAR.

Si la falta de un apoyo,  
de que tú mismo dudabas,  
no motiva el desaliento  
que se pinta en tus palabras,  
¿Cuál no previsto accidente,  
cuál nueva desdicha, Abdalla,  
esa dura alternativa  
con tal premura nos traza?  
¿Desisten las poblaciones  
de estas ásperas montañas  
(sólo casi por moriscos

favor del Cielo habitadas)  
de dar el grito de guerra  
que ha de trastornar a España?  
¿Por ventura esos prodigios,  
que han manifestado clara  
la protección que los Cielos  
dispensan a nuestra causa,  
y que tú mismo, tú mismo,  
tan favorables juzgabas,  
se han tomado infausto agüero?  
¿Qué ocurre, pues...? Dilo, acaba.  
No se ha entibiado el aliento  
que da vida a estas montañas,  
ni la decisión valiente  
que es honra de esta comarca;  
decisión y aliento santo  
de que impacientes aguardan  
su remedio los moriscos  
que pueblan la extensa España.  
He recorrido afanoso  
en esta rápida marcha  
varios valles de estas sierras,  
en todos arde la llama  
del valor, y Guadalete,  
Ayora, Teresa, Ubácar,  
Navarrés, La Muela, Murla,  
que Alajuar dé el grito aguardan,  
porque en ti, Albenzar gallardo,  
se cifran sus esperanzas.  
Tampoco de mal agüero  
pueden ser las señas varias  
con que el Cielo nos anima  
y a los cristianos espanta.  
Y la aparición, sin duda,  
de Alfatín está cercana,  
pues ya de Espadán los riscos,  
según me informé, presagian  
con horribles terremotos,  
y con voces subterráneas,  
que un gran prodigio conmueve  
sus misteriosas entrañas.  
Pues ¿por qué, dime, te turbas...?  
¿Por qué, amigo, te acobardas?  
Al que tiene interés grande  
en una empresa muy ardua,  
para los inconvenientes  
huye de encontrar palabras,

ABDALLA.

MALEC.

ZEIR.

ABDALLA.

MALEC.  
MULIM-  
ALBENZAR  
ABDALLA.

y esto, amigos, me sucede.  
Fuerza es que expliques...  
**(Impaciente.)**  
Acaba.  
Al punto que entré en Valencia  
supe..., ¡jay de mí!... que llegaban  
a todas estas marinas,  
cubriendo todos las playas  
de Cartagena a Tortosa,  
cuantas galeras España  
allá en Génova tenía,  
y en las costas africanas,  
y en Nápoles, y en Palermo,  
y en Puerto-Mahón, y en Palma.  
Y que numerosos tercios  
de Cataluña bajaban  
al Maestrazgo; que otros vienen  
de Portugal, y que en armas  
están cuantas tropas sirven  
al católico monarca.  
Y vi llegar de la corte,  
con despachos y con cartas  
de gran reserva, correos,  
que se esparcían en varias  
direcciones, derramando  
ciego terror, muda alarma,  
sin que el fin se trasluciese  
de prevenciones tan cautas.  
Y de Salazar el conde,  
varón de regia prosapia,  
de carácter inflexible,  
cuyo valor y arrogancia  
son patentes, como el odio  
que profesa a nuestra raza,  
llegó a Valencia ha dos días,  
con la investidura sacra  
de supremo comisario  
del rey. Y al punto en su alcázar  
reunió el cabildo, el acuerdo,  
el tribunal de la infausta  
Inquisición, los maestros  
de los tercios y otras varias  
personas de gran valía,  
de nobleza y de importancia.  
Y allí se instaló un Consejo,  
que empezó a obrar sin tardanza  
reasumiendo autoridades

y facultad soberana  
compuesto del mismo conde,  
que lo preside y lo manda:  
del marqués de Caracena  
visorrey, del patriarca,  
del comendador mayor  
de Castilla en Calatrava  
y del valiente Mexía,  
general de ilustre fama.  
Y al publicarse estos nombres  
y el gran poder que formaban,  
las tropas aparecieron  
con pendones y con armas,  
con mechas la artillería,  
y se alzó la horca en la plaza.  
El pueblo quedó confuso,  
la ciudad toda aterrada,  
los ánimos abatidos,  
sin que nadie penetrara  
de tal trastorno el objeto,  
de tanto apresto la causa.  
Cuando al sonar mediodía,  
aquí el aliento me falta,  
desprendióse el rayo ardiente  
de la nube encapotada;  
vomitó el volcán oculto  
sus asoladoras llamas;  
lanzó aquel mar borrascoso  
el monstruo de sus entrañas  
contra cuantos descendemos  
de la estirpe musulmana.  
¡Cielos!... Más ¿cómo?...  
¿Qué dices?  
Dejémosle hablar. Acaba.  
Publicóse por Valencia  
con repique de campanas,  
con gran clamor de clarines,  
con ronco estruendo de cajas,  
con nunca visto aparato,  
con solemnidad extraña,  
bando de exterminio y muerte  
contra la morisca raza.

MALEC.  
ZEIR.  
MULIM-  
ALBENZAR.  
ABDALLA.

**(Profunda sensación en todos los MORISCOS.)**



ABDALLA.

Di: ¿podrá tenerlo, Abdalla?...  
El aparato solemne  
con que ha sido decretada,  
esos tercios, esas naves,  
y el ser quien de ella se encarga  
el conde de Salazar,  
cuyo tesón y arrogancia  
son proverbiales, afirman  
que es cierta nuestra desgracia.  
Cuando salí de Valencia,  
abatida y aterrada,  
ya diversos comisarios  
con tropas se preparaban  
a esparcirse en el momento  
por todas estas comarcas  
a dar cumplimiento al bando  
con celeridad extraña.  
Ved, ¡ay!, cuántas vejaciones  
a un tiempo nos amenazan.  
La menor es el destierro.  
Más duras y más amargas  
hemos de apurar..., ¡ay tristes!  
Amigos, consideradlas.

**(Muestran todos gran abatimiento.)**

Ya tal vez por el camino  
viene, y llegará mañana  
en medio del aparato  
de arcabuces y de lanzas,  
el que robe nuestros bienes,  
el que manche nuestras famas  
y nuestra honra en las personas  
de hijas, esposas y hermanas;  
el que nuestros tiernos hijos  
nos arranque con las almas.  
El que, en fin, harto de horrores  
nos saque de nuestras casas  
abrumados de cadenas,  
ludibrio de infiel canalla,  
y nos conduzca a esas naves  
para alejarnos de España.  
Ver si con razón me aflijo;  
ved, pues, si queda esperanza.

MULIM-  
ALBENZAR.

**(Con desesperada resolución, quitándose el sombrero.)**

Sí queda, ¡voto a Alá! Queda la muerte,  
que es preferible a tanta desventura,  
y arrostrar con valor el trance fuerte,  
alarde haciendo de marcial bravura.

Triunfar acaso logran de la suerte  
más lamentable, embravecida y dura  
un noble arrojo, un generoso pecho  
y aquel santo furor que da el despecho.  
No presentéis cobardes la garganta  
al cuchillo, cual tímidos corderos.  
En tanto apuro, en desventura tanta,  
vuestro antiguo valor cobre sus fueros,  
y si el cristiano la soberbia planta  
en la noble cerviz ha de ponerlos,  
antes se anegue en un sangriento lago,  
y el triunfo compre con su propio estrago.  
Resuene en Alajuar el santo grito,  
y ecos encontrará por toda España.  
De los nuestros el número infinito  
arde hace tiempo en vengativa saña.  
Este horrendo rigor tan inaudito,  
esta persecución nueva y extraña  
apresure el trazado movimiento;  
sea la señal del súbito alzamiento.  
Sí, nobles y oprimidos musulmanes,  
que de España os llamasteis los señores:  
tengan honroso fin nuestros afanes,  
digno de nuestros ínclitos mayores.  
Tremolada en guerreros tafetanes  
torne a esparcir gloriosos resplandores  
**(Agita el sombrero y les señala en él la media luna de paño azul.)**  
esta luna sin luz, marca hoy de afrenta,  
que esclavitud y oprobio representa.

**(Agitación general.)**

Tal vez, y con razón, el Cielo airado  
de ver que nuestra empresa se retarda,  
excitar de este modo ha decretado  
nuestra resolución firme y gallarda.  
Al fuego del valor desesperado  
la España toda se confunda y arda,  
o el dominio, o la muerte en esta tierra.

**(Con gran entusiasmo.)**

¡Viva, viva Albenzar! ¡Venganza y guerra!

**(Con dignidad y entereza.)**

Basta. Ese grito heroico descendientes  
de abuelos tan preclaros os pregona.  
Que otra vez el valor de los creyentes  
desde Cádiz se extienda a Barcelona,  
o en la honrosa demanda, cual valientes  
pereciendo, logremos la corona

TODOS.

MULIM-  
ALBENZAR.

TODOS.  
ABDALLA.

con que nombre inmortal sólo se alcanza.  
¡Viva, viva Albenzar! Guerra y venganza.

**(Con fervor.)**

Bendito por siempre Alá,  
y el Profeta sea bendito,  
que os inspiran ese grito,  
que de victoria será.  
Cesó ya mi abatimiento,  
pues nacía de temer  
que iban mis nuevas a ser  
para vos de desaliento.  
Mas si produjeron ya  
tan noble resolución,  
dichosa fue mi misión.

TODOS.  
MULIM-  
ALBENZAR.

¡Bendito por siempre Alá!

**(Calándose el sombrero y con tono de autoridad y de mando.)**

Pues, amigos, no perdamos  
en acción tan importante  
tiempo alguno, y al instante  
a ponerla en obra vamos.  
El castillo que campea  
en ese cerro plantado,  
aunque está desmantelado  
nuestro firme apoyo sea.  
Malec, sin perder momentos  
ocúpalo con tu gente  
y apresta lo conveniente  
de armas y de bastimentos.  
Yo tengo oculto un cañón  
que a sus muros subirá,  
y en ellos tremolará  
nuestro lunado pendón.  
A su abrigo conduzcamos  
viejos, niños y mujeres,  
nuestros tesoros y haberes,  
que así más sueltos quedamos.  
Con seis jinetes, Zeir,  
de Valencia has de guardar  
el camino, sin dejar  
a nadie, a nadie, venir,  
como no sean moriscos,  
que a su santo rito fieles,  
vengan a coger laureles,  
en estos pelados riscos.  
En Alajuar sin recato  
la alarma se esparza luego,  
truene el escondido fuego,

y que se toque a rebato.  
Armas tenemos sobradas,  
y municiones también;  
en un oculto almacén  
tengo cien picas guardadas,  
arcabuces y ballestas,  
adargas y coseletes,  
dos montados falconetes,  
pólvora y balas dispuestas.  
Tú, Abdalla, al punto has de ir  
a dar de la guerra el grito  
por los pueblos del distrito,  
y su aliento a dirigir.  
Las vecinas poblaciones  
su juventud sin tardar  
nos envíen a engrosar  
nuestras filas y escuadrones.  
En Ayora y Navarrés  
los castillos se provean,  
y bien guarnecidos sean,  
que importante cosa es.  
¿No fuera bueno empezar  
dando fin de los cristianos,  
que, aunque pocos, tan ufanos  
se Ostentan en Alajuar?

MALEC.

MULIM-  
ALBENZAR.

**(Con autoridad.)**  
No, Malec. Tú mismo dices  
que son pocos, y temor  
no dan a nuestro valor.  
¡Qué pueden los infelices!  
Huirán al punto de aquí,  
y marchar los dejaremos.  
Con noble gloria empecemos  
nuestra santa empresa, sí.

ZEIR.

MULIM-  
ALBENZAR.  
ABDALLA.

Pero al alcalde mayor  
es necesario prender.  
¿Qué puede un anciano hacer?  
Lanzarle será mejor.  
Mas es forzoso, Albenzar,  
que forastero cualquiera  
que hoy llegue a la villa, muera,  
para el golpe asegurar.  
Cual dije, a dar cumplimiento  
al bando terrible, varios  
alcaldes y comisarios  
de Valencia en el momento  
iban, no hay duda, a salir.

MULIM-  
ALBENZAR. Y el que a nuestra villa venga  
fuerza es que la muerte tenga,  
si es que hemos de resistir.  
Eso es justo. El forastero  
que ose venir a Alajuar,  
si es cristiano, ha de encontrar  
la muerte en mi propio acero.  
Vamos, pues.  
¡Venganza o muerte!  
MALEC. Vamos, pues.  
TODOS. ¡Guerra y venganza!  
MULIM- Probemos adónde alcanza  
ALBENZAR. nuestra venturosa suerte.

### Escena III

**Sala baja de la casa de MULIM-ALBENZAR, y  
salen FELISA, MARÍA y CORBACHO**

FELISA. Dejémosle reposar,  
pues que se durmió tranquilo.  
MARÍA. Tengo, ¡ay!, el alma en un hilo,  
temiéndome algún pesar.  
De tal susto y de caída  
tan espantosa y terrible  
parece cosa imposible  
haber salido con vida.  
Y malas resultas temo,  
aunque esté tan sosegado.  
FELISA. Debiera haberse sangrado.  
MARÍA. Lo resiste con extremo.  
Ya ves que ni aun ha querido  
almorzar.  
FELISA. Mas se durmió.  
CORBACHO. Pues almorzar quiero yo,  
que, a Dios gracias, no he caído.  
MARÍA. ¿Conoces ahora, ama mía,  
si es leal mi corazón,  
y si dije con razón  
que don Fernando vendría?  
¿Conoces ya cuán cabal  
es mi amante?... Loca estoy;  
mas esta dicha de hoy,  
debiendo ser sin igual,

me la tiene acibarada  
de su salud el cuidado,  
y el modo tan desastrado  
con que ha sido su llegada.  
Que es mal agüero, en verdad.

FELISA. Yo tal agüero no hallo.  
Que se desboque un caballo  
es tina casualidad.

MARÍA. Y dime, Corbacho amigo:  
¿se ha acordado tu señor  
mucho en Flandes de mi amor?

CORBACHO. Como constante testigo  
de cuanto hace, dice y piensa,  
puede mi fe asegurarte  
que vive para adorarte,  
y que jamás te hizo ofensa.  
Eres tú su único afán  
y su solo pensamiento.  
Por ti anda papando viento,  
hecho un pelele, un bausán.  
En el campo, en el cuartel,  
en la villa, en el camino,  
siempre el mismo desatino  
por ti he descubierto en él.  
Y dormido te nombraba,  
y parece que, no había  
más nombre que el de María,  
pues a todo lo encajaba.  
¿Y al venir? ¡Oh santo Cielo!  
¡Qué jornadas!... ¡Qué impaciencia!  
¡Qué madrugar!... ¡Qué demencia!  
En fin, a ti misma apelo,  
porque más precipitado,  
ni, por desdicha, más listo,  
estoy cierto que no has visto  
llegar a otro enamorado.

MARÍA. Felisa, soy, venturosa.

FELISA. **(Con melancólica expresión.)**  
Quiéralo el Cielo, María.

MARÍA. ¿Y lo dudas?...

FELISA. ¡Hija mía?

MARÍA. ¿Qué te tiene recelosa...?

FELISA. Nada. Sabes el desvelo  
con que amante te crié,  
y que siempre pediré  
que te haga dichosa al Cielo.

MARÍA. **(Abrazándola con ternura.)**

Lo sé, y que cuando perdí  
mi buena madre al nacer,  
Dios me concedió el tener  
otra tierna madre en ti.

FELISA. **(Profundamente conmovida.)**

Mil veces te he repetido  
que tu origen...

MARÍA. **(Interrumpiéndola con viveza.)**

Basta; no.

CORBACHO. Almorzar quisiera yo,  
que, a Dios gracias, no he caído.

MARÍA. Dice bien. Anda, Felisa,  
y dejemos a la suerte...

FELISA. Hija, voy a obedecerte.  
Tu padre viene, y de prisa.

**(Vase con CORBACHO.)**

MARÍA. Como con tanta amistad  
y cariño a don Fernando  
trató mi buen padre cuando  
pasó aquí la enfermedad,  
y aquel favor le debimos  
con el duque de Gandía  
cuando por la gran sequía  
tanto ganado perdimos,  
con gran gusto va a saber  
que a vernos ha regresado.  
Mas ¡cielos!... ¡Qué demudado  
llega!... ¿Qué podrá tener...?

**(Mirando a la puerta.)**

Con ese infame alfaquí  
se ha parado en el pontón.  
¡Qué aspecto!... ¡Oh Dios! ¡Qué expresión!...  
Me causa espanto... ¡Ay de mí!  
Mas ya viene.

**(Sale MULIM-ALBENZAR, receloso, pensativo y agitado, y como hablando consigo mismo. MARÍA le sale al encuentro con inocente alegría.)**

MULIM-  
ALBENZAR. ¡Padre mío!  
Fátima...

MARÍA. **(Con presteza.)**  
 ¡Padre!... María.

MULIM-ALBENZAR. **(Indeciso.)**  
 No..., que ya ha llegado el día...

MARÍA. **(Apresurada.)**  
 Dejad ese desvarío. Sabed.

MULIM-ALBENZAR. **(Con sobresalto.)**  
 ¿Qué...? Di...  
 Que ha llegado...

MULIM-ALBENZAR. **(Con sobresalto.)**  
 ¿Quién, quién? Dime...  
 El caballero  
 que hace un año, un mes entero  
 tuvimos aquí alojado.  
 El que nos recomendó  
 al duque con celo tal  
 que todo nuestro caudal  
 por su influjo se salvó.

MULIM-ALBENZAR. **(Con muestras de sorpresa y de confusión.)**  
 ¿Quién...? ¿El señor don Fernando?

MARÍA. El mismo.

MULIM-ALBENZAR. **(Agitadísimo.)**  
 ¿Ha llegado hoy...?

MARÍA. Una hora habrá.

MULIM-ALBENZAR. Muerto estoy,  
 ¡oh cielos!... Y dime: ¿cuándo...?

MARÍA. **(Turbada.)**  
 Después de la primer misa  
 fuíme a la cercana fuente,  
 cual tu amor me lo consiente,  
 con mi buen ama Felisa.  
 Y un caballo y caballero  
 despeñados vi cruzar  
 el monte, viniendo a dar  
 cerca de un despeñadero.  
 De susto me desmayé,  
 y cuando a alentar volví,  
 sin lesión cerca de mí  
 a don Fernando encontré.  
 Era él, que se había caído,  
 y por milagro patente  
 de riesgo tan inminente  
 sano y salvo había salido.  
 Pero con el golpe y susto  
 estaba tal, que creí  
 que al punto traerlo aquí  
 fuera, señor, darte gusto.

**(Con timidez.)**  
 Perdóname si hice mal.  
 Como tan alto favor  
 e debemos...

MULIM-  
 ALBENZAR. **(Aparte.)**  
 ¡Oh rigor!...  
 ¡Oh compromiso infernal!

**(Alto, con firmeza.)**  
 ¿Está en casa?

MARÍA.  
 Sí... Durmiendo.

MULIM-  
 ALBENZAR. **(Fuera de sí.)**  
 ¡Infeliz!... ¡Terrible suerte!  
 Ha venido a hallar la muerte,  
 y yo..., ¡destino tremendo!

MARÍA.  
**(Asustada.)**  
 ¡Padre mío!... ¡Oh confusión!

MULIM-  
 ALBENZAR. **(Precipitado.)**  
 Dime: ¿le han visto llegar...?

MARÍA.  
 Todo el pueblo de Alajuar.  
 MULIM-  
 ALBENZAR. ¡Oh desdicha!..., ¡oh perdición!  
 Riesgo corre su persona  
 si sospechan... Yo el primero  
 ofrecí que con mi acero...  
 ¿Y perderé una corona...?

**(Resuelto.)**  
 No, es cristiano, es enemigo...

MARÍA. **(Saca un puñal.)**  
**(Consternada y deteniéndolo.)**  
 ¡Padre..., esa furia templad!  
 ¿La santa hospitalidad  
 a un protector, a un amigo  
 dada, violaréis?

MULIM-  
 ALBENZAR. ¡Ay Dios!  
 MARÍA. ¿Un Albenzar eso piensa?  
 ¿Y por qué?... ¿Cuál es la ofensa?  
 Volved por vos mismo en vos.

MULIM-  
 ALBENZAR. **(Confundido.)**  
 Hija mía..., se aventura...

MARÍA. **(Con vehemencia.)**  
 Y qué, ¿vos, señor, seréis  
 asesino, y mancharéis  
 vuestra sangre?

MULIM-  
 ALBENZAR. **(Resuelto y como volviendo en sí de un delirio.)**  
 Quede pura.  
**(Guarda el puñal.)**

MARÍA.  
MULIM-  
ALBENZAR.  
MARÍA.

Don Fernando viva, sí.  
Sin un instante perder  
huya. Ni yo he de saber  
que un momento ha estado aquí.  
Mas ¿por qué? ¡Padre! ¡Señor!  
**(Con viveza.)**  
El pueblo airado a matarle  
vendrá muy pronto, y salvarle  
no podré de su furor.  
¿Por qué?

**(Suenan dos tiros.)**

MULIM-  
ALBENZAR.  
MARÍA.  
MULIM-  
ALBENZAR.  
VOCES.  
MULIM-  
ALBENZAR.  
MARÍA.  
MULIM-  
ALBENZAR.  
VOCES.

**(Sobresaltado.)**  
¿No escuchas?  
**(Asustada.)**  
¿Qué es esto?  
**(Precipitado.)**  
Que hoy la morisca nación  
va a vengar tanta opresión  
en que el cristiano la ha puesto.  
Que hoy va a decidir la suerte  
de nuestra varia fortuna,  
y a alzarse la media luna  
por lograr...  
**(Dentro, a lo lejos.)**  
¡Venganza o muerte!  
**(Agitado.)**  
Corre... Mancharme no quiero  
la hospitalidad hollando.  
Sálvese... Huya don Fernando.  
Líbrame de un crimen fiero.  
**(Afligida.)**  
Su caballo está rendido.  
**(Apresurado.)**  
Que tome mi yegua pía,  
que a los vientos desafía,  
y por el cercado ejido  
vuele y salga de esta tierra  
sin acercarse a poblado,  
pues en toda ella está alzado  
pendón de...  
**(Dentro, cerca.)**  
¡Venganza y guerra!

**(Suenan redoble de tambores. Entran muy asustados CORBACHO y FELISA.)**

FELISA.            ¡Hija del alma!... ¡Qué miedo!  
El pueblo todo... ¡Ay señor!...  
Al viejo alcalde mayor...  
¡Ay Jesús!... Hablar no puedo.

MULIM-  
ALBENZAR.        ¿Qué dices?

FELISA.            Yo no lo sé.

CORBACHO.        Un infierno es el lugar.  
Me quedé sin almorzar.

FELISA.            Las vecinas dicen que...

**(Suenan voces, tambores y trompetas.)**

MULIM-  
ALBENZAR.        **(Con gran inquietud.)**  
¡Hija mía..., corre, vuela!  
Sálvese ese caballero...  
Mis caballos, mi dinero.  
¡Pronto, y con grande cautela!...

**(Vase MARÍA.)**

CORBACHO.        Serio este negocio va.

**(Vase.)**

FELISA.            El perro del alfaquí  
corre pálido hacia aquí.

**(Vase.)**

MULIM-  
ALBENZAR.        ¡Cielos!... ¿Si se salvará?

**(Entra ABDALLA precipitado.)**

ABDALLA.        ¡Ay!, todo está perdido  
si no calmas al pueblo enfurecido,  
que en aqueste momento despedaza  
al alcalde mayor en esa plaza,  
donde la airada muchedumbre crece.  
y brama, y armas busca, y se enfurece,  
pidiendo en, alto grito por venganza  
de los cristianos todos la matanza.  
Y un rumor ha corrido  
de que en tu casa tienes escondido...

MULIM-  
ALBENZAR.        **(Interrumpiéndole con viveza y enojo.)**

Que haya concierto y orden interesa  
si se ha de conseguir tan alta empresa.  
Vamos, amigos, vamos,  
y ese ardor y ese aliento dirijamos.

**(Vanse. Suena ruido de voces, de tambores, trompetas, tiros y campanas.)**